

LA GRACOLARIA

Periódico semanal

La Redacción no se hace solidaria de los trabajos firmados.

Insertéanse ó no, no se devuelven los originales.

Anuncios, edictos y comunicados á precios convencionales.

Redacción y Administración

CALLE DE CORRÓ, 9

Precios de suscripción

Trimestre, pago adelantado. 1'50 ptas
Número suelto. 0'15 „
Número atrasado. 0'20 „

LA LEYENDA DE LA NIEBLA

(CUENTO NORUEGO)

(Conclusión)

Llegó la hora del matrimonio; abriéronse de par en par las puertas del palacio, y comenzó á salir la comitiva regia con dirección al templo. La muchedumbre se agolpaba á su paso.

Y apenas si se fijaba en la apretada fila de heraldos, escuderos, pajes, alconeros, soldados, músicos y nobles, impaciente por el deseo de ver pronto á la feliz pareja, en quien iban á juntarse para bien del reino la riqueza y el poder de un rey, con la fortuna y el favor de los dioses.

Al fin aparecen los novios, cogidos por la mano, en lo alto de una escalinata de mármol, y bajan pausadamente hasta colocarse en una carroza tirada por doce caballos blancos, forrada de pieles de armiño, con el timón y las ruedas de plata.

La doncella, vestida de blanco, cubierta por ancho velo, cuyos pliegos de tul, al acariciar su rostro, semejaban pequeño torbellino de nieve girando en torno de una rosa, mas que hija de un rey parecía una diosa de las que moran á las orillas de los lagos del Norte y cruzan por fuego en las noches serenas la superficie helada, arrastrando su larguísima caballera rubia para burlar al hielo que á su roce se funde, creyéndose herido por los rayos del sol.

El, en cambio, armado de lucientes armas, cubierto de vistosa damática, haciendo retemblar el mármol de la escalinata con sus pasos y notar sus movimientos por el crugir del acero, sólo podía parecer un hijo de los hombres y representar á la tierra con sus poderosos elementos, su fuerza, su fuego interno y su dureza de roca.

El pueblo y el rey trocaban, sin embargo, los papeles, llamándole *hijo del cielo*.

Se engañaban al suponerle de tan buena familia. Como suele suceder en muchas bodas, en aquella sólo la novia sabía la verdad.

Pero la importaba bien poco, absorta como iba en gozar el placer de triunfo sobre su poderosa rival, y aun se alegraba mucho de que fuera un hombre como los demás, cuando al llevar cogida y estrechar su mano sentía palpitante y hervir en ella la sangre con ardientes oleadas, y al buscar sus oscuros ojos azules, cien veces mas bellos que el pálido azul del firmamento noruego, veía brillar la pasión y la vida en su ardiente mirar.

Y en verdad que era el galán soberanamente hermoso.

Su melena de color y reflejos, semejante al bronce, como muestra de interna firmeza, se escapaba en cortos y enortijados bucles por bajo de un capacete de oro; la barba larga y sedosa venía á completar un digno marco para el rostro en cuyos trazos y hoyuelos sólo se dejaban adivinar nobles pasiones.

Bajo la sobrevesta bordada crugían las piezas de la coraza y delataban en su acompasado soñar la respiración de un atleta, cuyo pecho, dilatándose al calor de un corazón fuerte y grande, hacía sin fatiga ceder á las curvas superficies del acero, y en sus movimientos, por la sobrevesta copiados, veíase palpitante á veces lenta y á veces acelerada por el deseo, mas fuerte siempre en sus bríos que el hierro, la pasión que le llevaba al altar.

* * *

La comitiva, puesta en marcha, salió de la ciudad y se dirigió á un templo, famoso por sus prodigios y milagros, que allí cercano había.

Y las gentes del pueblo, atropellándose en irresistibles vaivenes, marchaban también en torno y en pos de ella, formadas en inmenso cortejo, por aclamar á la novia y festejarla,

prorrumpían en gritos atronadores de noble, desinteresada é inconsciente alegría.

Y el hálito ruidoso de la muchedumbre que llenaba el espacio, impidió oír un ruido sordo que venía de lo alto, y el afán de no perder ni un detalle de lo que pasaba por la tierra, les quitó de ver á dos nubes, una negra y otra rojiza, que de un lado y de otro venían cerrando el horizonte, traídas por contrarios vientos.

De pronto miraron todos al cielo con asombro. La nube opaca, semejante á una losa de mármol negro, había cubierto el sol, dejándoles en completas tinieblas, y enfrente la luna, livida, verdosa, contrahecho y alargado el rostro por satánica y callada sonrisa de venganza, brilló un momento, alentando y dirigiendo en su carrera de destrucción á la nube roja.

Este avanzó veloz á chocar con la otra nube, y brilló un relámpago horrible, deslumbrante, espantoso, y bajó á la tierra en zig-zag cierto un rayo asesino.

En los brazos de Ofelia cayó muerto Cristian.

Retumpó luego, siempre tardío en sus avisos, el cielo con potente trueno, y cual lágrimas de cocodrilo comenzaron á caer sobre la tierra gruesas gotas de lluvia, señal de gozo ó de arrepentimiento que el astro criminal derramaba, y otros rayos y otros truenos en sucesión infernal llenaron el espacio, coreados por los gritos de espanto que daba la muchedumbre medrosa y loca al derramarse huyendo por el llano.

Y confundidos y revueltos en la fuga, iban en vertiginosa carrera escuderos, nobles, esclavos, alconeros, soldados, pajes, sacerdotes, heraldos, músicos y príncipes, todos los que formaban el cortejo.

Y también, después de vacilar un momento, encogiéndose de hombros, al reconocerse impotente para luchar con el cielo, huyó el último de todos el padre de Ofelia, el rey.

* * *

En tanto, abandonada é inmóvil la carroza, sus doce corceles gigantes se arremolinaban caracoleando en torno, y lanzaban, enfurecidos por el miedo, relinchos que ponían espanto. Sola y olvidada Ofelia, trémula, desecha en lágrimas, de pié sobre la carroza, intentaba en vano, enloquecida en amante congoja, volver á Cristián la vida con el hálito puro, aunque ardiente, de sus palabras y sus besos.

Entonces el huracán rasgó un giron en las nubes, y por el boquete, la luna, su señora, asomó la faz livida, vertiendo un rayo verdo-

so, y vino á besar con lascivo y repugnante deseo el rostro del mancebo muerto.

Volvióse Ofelia airado y loca, y en su afán de huir, librando el tesoro precioso de su amor de aquel porfiado, torpe, cruel y criminal asedio, empuñó trémula, con la energía de un atleta, el látigo y el freno, y lanzó á la carrera por la cuenca de un valle los corceles, que partieron veloces, dejando atrás al huracán.

Pero fué todo en vano, porque el rayo de luna perseguía por do quiera á la carroza y la envolvía en su luz cárdena, con tenacidad infame, y bañaba el rostro aún caliente del caballero...

Entonces Ofelia, en el último grado de exaltación, dejando de regir los corceles, que redoblaron desbocados y sin guía, su correr, deshizo su tocado, arrancó en pedazos el velo blanco de depósada que á la mañana cuidadosamente se prendiera, y con su girones cubrió la cara al cadáver querido de Cristian.

Después, colocando en su falda aquella hermosa cabeza, que el velo la impedía ver, comenzó á palparla y á acariciar las bronceadas melenas con sus dedos de nieve, en tanto que de sus ojos, azules como el cielo, caía sobre ellas ardiente lluvia de lágrimas, que bajaba á empaparse en las gasas confundida con la lluvia del firmamento.

Y sucedió que obedeciendo, cual á un conjuro mágico, al deseo sentido con anhelo infinito por la desesperada princesa al calor de sus lágrimas se evaporaba la lluvia, y retenido el vapor en los girones del velo que flotaban al viento en la carrera, se fué formando una nubecilla trasparente al principio, y luego densa, pesada y opaca, y creciendo, creciendo, envolvió á la dama y al caballero, y creció luego más y más, como el dolor de que nacía, hasta ocultar por completo en su centro la carroza y librarla en absoluto de la luna y de sus insensatos rigores.

Y desde aquel día, en forma de protectora cubierta de gasas, húmeda como vapor de lágrimas quedó sobre la tierra la niebla, nube impalpable y blanquísima que se abate y arrastra por el suelo, ya precediendo, ya siguiendo á la carroza, que, lanzada en eterna carrera, sigue su vertiginosa marcha por encima de los lagos de hielo, por las riberas de los ríos y la cuenca de los torrentes.

Y allá va, allá va la princesa noruega, huyendo siempre al correr de sus incansables corceles, de la reina del cielo vengativa y poderosa, y procurando en sus celos ocultar con girones de niebla el tesoro que llevaba en su falda.

Y si por acaso alguna vez al medio día aparta los tules blancos para extasiarse al ver inundado por la luz del sol el rostro de su amante, pronto, apenada y medrosa, lo cubre al sentir que se aproxima la tarde y con ella el dominio de su odiada rival. Entonces la niebla que el sol disipara vuelve y crece.

Y por eso es eterna la niebla en los valles noruegos, de cuyos pinos van quedando, acá y allá prendidos, girones del velo que lleva la princesa desposada; y por eso queda también en la mente de los campesinos, con esa forma vaga y nebulosa que se llama tradición, el recuerdo triste y sombrío del hecho misterioso que al amor de la lumbre, en las noches de invierno, refieren las ancianas á sus nietas en forma de conseja.

Y cuando éstas, ya mozas, cruzan á la orilla de los lagos ó por la ribera de los ríos, perdidas en la niebla, creen sentir en su vapor blanco y frío los húmedos girones del velo de la princesa, que les azotan el rostro al pasar, y á veces se paran un punto y escuchan sobrecogadas, porque sienten ó adivinan en el temblar del suelo el galope veloz de los doce gigantes corceles blancos, y luego los ven cruzar allá á lo lejos, entre la neblina, ligeros como el rayo, llevando tras sí una carroza, forrada de armiño, con el timón y las ruedas de plata.

J. J. GARCÍA GÓMEZ.

LA MEDICINA ÁRABE EN EL SIGLO XII

Sabido es cuán rápido é irresistible fué desde su principio la conquista árabe y como en cosa de un siglo se extendió por Oriente hasta las fronteras de China y penetró en Occidente hasta el interior de España. La unidad religiosa se mantuvo y hasta se consolidó con el tiempo; pero desde muy temprano los sultanes y los califas se trazaron cada cual su reino independiente fraccionando así la unidad política.

Aunque cueste á nuestro amor propio reconocerlo, hay que convenir en que el genio árabe nos ganó por la mano de una manera notable durante una parte de la Edad Media; en ese período Europa no resiste á la comparación, porque es semi-bárbara; en los siglos IX, X y XI, cuando el señor habitaba una torre fortificada, rodeada de anchos muros y alumbrada por algunas lucernas, Granada, Sevilla, Toledo y Córdoba contaban suntuosos pala-

cios; un califa de Bagdad imponía por tributo al Emperador de Constantinopla el envío del mayor número posible de manuscritos antiguos; en Fez y Marruecos se discutía y trabajaba como hoy en París y en Berlín; ciudades que se creían bárbaras, Samarkande por ejemplo en Turkestán, tenían Universidades célebres y escuelas más frecuentadas que las nuestras. Admira en el Catálogo de la Biblioteca del Escorial el prodigioso número de autores árabes nacidos en España.

La Universidad de Córdoba gozaba de mayor renombre que ninguna de las actuales, y hoy día cita la medicina el nombre de Maimonides, autor de diversos tratados, que nació en Córdoba, en 1139.

En 1164 una orden del califa expulsó de España á todos los cristianos y judíos que no quisieran convertirse al islamismo; hijo de padres judíos y comprendido, por tanto, en la proscripción, Maimonides se vió obligado á abandonar su patria y buscar en Egipto paz y libertad para el ejercicio de su religión. Fundó primero una escuela en que se enseñaba filosofía, y no tardó en ser nombrado médico de Saladín, que acababa de subir al trono de Egipto. Pronto se ligó con el cadí Jadhel, hombre importante del Cairo por ejercer funciones de juez, y sobre todo por su tendencia á hacer bien á los desgraciados.

Un día del mes de ramadhan del año 1198, el cadí Jadhel dijo á Maimonides: Pensaba ayer, que cuando un individuo se siente picado por un animal venenoso, puede sucumbir á consecuencia de la ponzoña antes de que tenga tiempo de que le vea el médico. Te mando que compongas un tratado de pequeñas dimensiones y expresión concisa, indicando lo que debe hacer inmediatamente el que sea picado por un animal venenoso y el tratamiento que deba seguir. Maimonides, que contaba entonces 63 años, escribió el *Tratado de los venenos* de que se encuentran tres manuscritos en la Biblioteca Nacional de París. Acaba de publicarse una traducción de esta obra, dividida en dos partes: primera, tratamiento de las picaduras en general; segunda, tratado de los venenos tomados interiormente. Contra las picaduras de serpiente, Maimonides proponía en el siglo XII, la medicina práctica de hoy: fuerte ligadura por encima de la herida, hacer en ella una incisión, limpiarla fuertemente, bañarla con aceite de oliva. Contre los venenos el tratamiento variaba según la naturaleza.

Maimonides murió en 1208, época de la cuarta Cruzada con que se fundó el imperio latino en Constantinopla.

MA LIRA

L.: Armonies tristes.

Set cordés te ma lira—crostada d' or;
puntejo la de vida—y la de amor;
més ¡ay! n' es ma lira—la d' amargor,
puig per cantar corde resta—sols pel dolor
y sens que cap d' ellas—devalle dolçor
gentil estil—de mon pobre cor,
més mon consol es pulsarla—com trovador
gauditla com abella—la gentil flor.

J. RIBA Y COSTA.

Igualada 23 Setembre de 1905.

AL VUELO

EL ESTRENO DE UN DRAMA

(Apuntes de un periodista)

Se pregonó el estreno. Yo me enteré, por los amigos del autor que conocían la obra, que tal era el drama. Se rieron de lleno á mis barbas.

—¿Qué es el drama?—me contestó uno. Si desea V. que le hable con franqueza, le diré que es una bobada. X*** es un imbécil, uno con pretensiones de escritorzuelo, y nos habla en su obra de amores ideales, de filosofías sublimes, de vencidos y triunfantes, es decir, un continuo logogrifo...

—¿Y cómo cree V. que lo tomará el público?...

—Cómo V. puede figurarse. No entenderá ni una palabra. Yo mucho me temo que lo silven. Y á fé que le estaría bien empleado. Así se le quitarían ciertos humos de la cabeza...

Me separé del amigo del autor, sin atreverme á formar juicio concreto.

Después, al cabo de unos días, supe que los amigos del autor trabajaban el terreno para un fracaso.

* * *

El día antes del estreno, vi á X***

Estaba cabizbajo y triste.

—¿Y su obra?—le pregunté.

—¿Mi obra, caballero?—contestóme melancólicamente. —Puse en ella toda mi alma, toda mi fé, todo mi entusiasmo... Mucho me temo un desengaño. V. sabe las trabas que á los inéditos se nos ponen. Llevé la obra á varios teatros, y sin leerla me la devolvieron.

Por fin, y debido á que denegué los derechos que como autor me correspondrían, se aceptó en el teatro M***, que pertenece á los de tercer orden.

—¿Y V. desconfía?...

—Mucho. Mi obra es una obra poética, muy poética. El público que concurre á este teatro no tiene paladar para saborearla. No es inmodestia, caballero, hablo con el alma.

—¿Y sus amigos?...

—¡Mis amigos!... ¡Pero tenemos amigos los vencidos!...

* * *

Llegó el día del estreno. El teatro estaba lleno. Empezó el drama...

Yo lo fruí todo... ¡Qué alma de artista, que conceptos tan elevados, qué filosofía tan fina!... Verdaderamente aquella obra era una obra hermosa, acabada, magistral... Tres ó cuatro intelectuales reunidos allí, no nos cansábamos de oír aquella concepción de ideas felices, soberbias, extremadamente soberbias... Lo aplaudimos sin vacilar, con toda el alma, estábamos identificados en un todo con el habla del autor...

¡Lástima de desempeño!... El desempeño fué malo, escesivamente malo...

Y el público... ¡oh!... el público. Fué criminal, muy criminal. Durante el primer acto exteriorizó varias veces su desagrado, dando prueba patente de ignorancia, de analfabetismo....

En el primer entreacto fuimos á felicitar á X***.

—¿Lo ven ustedes?—nos contestó gimiendo. La obra no agrada, se repudia... ¡Oh, si se silva, Dios mío, si se silva!...—Y levantó los ojos en alto.

Le dimos ánimo, diciendo que había estado inspiradísimo al escribir su obra.

El sonrió.

—¡Hay mi alma en ella, señores, hay mi alma!... Si yo les pudiera decir las lágrimas enterradas, los suspiros muertos, en aquel conjunto de líneas!...

X*** se nos hizo simpático. ¡Y como nó!.....

Era como nosotros, un joven enamorado de su ideal, un alma virgen que libraba reñidas batallas con lo imposible....

—¡Debemos ayudarle!—dijimos.

Y nos unimos para defender á X***.

* * *

Durante el resto del drama, el desagrado por parte de los ignorantes fué aumentando, mientras que por nuestra parte nos conveníamos más y más de lo que valía aquel jo-

ven que formaba parte del anónimo montón de los inéditos...

Llegó el final de la obra... El autor estuvo sublime... El público silbó, una silva fenomenal, estentorea... Asesinaba el alma de un artista, mataba la naciente reputación de un sabio...

Nosotros aplaudimos frenéticos, dispuestos á aplaudir más fuerte en el período en el cual estábamos encargados de la crítica...

Se promovió un tumulto... De pronto, sonó un tiro en el escenario... El autor, en el grado máximo de su desesperación, se había disparado un pistoletazo á la cabeza...

* * *

Nosotros removimos todos los cimientos periodísticos, y todas nuestras relaciones profesionales, para que se inmortalizara la memoria de X***. Todos los periódicos hablaron de la obra del gran autor en artículos encomiásticos y lloraron la muerte del que pereció por la ignorancia de los analfabetos...

El hermoso drama se representó en todos los grandes teatros, dando al muerto el calificativo de sabio...

¡Pobre X***!... ¡Cuando vivo, el desprecio y el siseo; cuando muerto, la gloria y los aplausos!...

¡Cuántos hay como el desgraciado X***, á los cuales se mata, sino material, moralmente, á los cuales se inutiliza por envidia ó por *amistad*, á los cuales se asesinan cruel y bárbaramente sus ilusiones en flor!...

¡Desgraciados, pobres de los inéditos!...

FRITZ GLUCK.

Badalona.

EN EL CASINO

Fiesta de beneficencia y estreno de dos obras de los hermanos Fernández Portero.

AFECCIONES

COMEDIA EN 3 ACTOS

ACTO III

ESCENA III

ROSARIO Y ARACELI.

Rosar.—Oh! ¡Con qué pena lo dices, chiqui-

lla...! Ese muchacho parece sordo, ciego ó tonto!... ¿Me das permiso para encargarme de estos amores? Porque tú, le amas... ¿Verdad? No me contestas?... Habla, mujer, habla.

Arac.—Sí, verdad es; bien sabes que le amo...

Rosar.—Y él, también te ama!

Arac.—Psch.

Rosar.—Oh!... Ahora me sales con que no has notado su afección. Vamos, Araceli, vamos; te advierto que estás hablando con una mujer y no con un hombre. Los muchachos son muy torpes en cuestiones del corazón, lo sé; pero nosotras...! Equivocarnos, no notar que nos aman!... Si sólo, cuando lo piensan, ya lo sabemos como el Padre nuestro...

Arac.—No tengo ese instinto.

Rosar.—Eres demasiado lista para que yo crea en tan simil de evasiva...

Arac.—Haz lo que quieras...!

Rosar.—Pero tonta y más que tonta... ¿quieres engañarme? Si es eso, dílo...

Arac.—Tienes razón, Rosario. Soy una tonta, si no lo fuera no me pasaría... lo que me pasa....

Rosar.—Acaso es tuya la culpa...?

Arac.—¡Ni de Alejandro tampoco!

Rosar.—¿De quien entonces?

Arac.—¡De la fatalidad...!

Rosar.—¡Santo Dios! Es más grave que pensaba... Y yo que lo achacaba á un platonismo exagerado... ¡En mi vida hubiera supuesto que para definir vuestra situación, se necesitara recurrir á palabras tan fuertes como fatalidad, desgracia...! ...¡Quién lo dijera! ¿Qué ha podido suceder para llegar á semejante extremo, Araceli...? No he observado la más pequeña alteración ni en tí, ni en él.

Arac.—Si no ha pasado nada.

Rosar.—Ah! ¡Cuanto misterio!

Arac.—¿Ves esta flor, Rosario?... Pues es más feliz que yo, y... me da muchísimo corage...!

Rosar.—¡Ay, ay, ay...! ¡Consideraciones filosóficas sobre la felicidad de las flores!... ¡Malo, malo, Araceli! ...Tú, no eres la misma. Señor, lo que hace el haraposo Cupido! ...¡Parece inverosímil! Los cerebros más razonables, más bien equilibrados, se vician... ¡Pobre flor!... ¡Muerta por la envidia! ...¿No te dá pena, no te hace sufrir la vista de tu inocente víctima? ...¿El cadáver de una rosa?...

Arac.—Me complace verte de tan buen humor...

Rosar.—Es en compensación al tuyo, hija; si

las dos estuviésemos como tú, figúrate...
¡Ni un funeral...!

Arac.—Respóndeme con sinceridad, Rosario.

Rosar.—Te lo prometo, en cuanto me preguntes—

Arac.—Oye: ...Si un muchacho como Alejandro, serio, bueno, hasta un poquito reservado, es decir circunspecto, ...llegara un día á casarse con una muchacha...

Rosar.—...Como tú; nerviosilla, caprichosita, hasta con un poquito de humo metafísico en la cabeza...

Arac.—¿Todos esos defectos tengo...?

Rosar.—No, mujer; me he llamado algunos... Te aseguro que sería prolijo enumerarlos...

Arac.—Sí, ...eh?

Rosar.—Luego, luego nos ocuparemos de tus defectos; sigue ahora con tu suposición..., que me tiene intrigada en el desenlace...

Arac.—Eres capaz de estarte callada dos minutos...?

Rosar.—Creo que sí. Por lo menos pondré toda mi fuerza de voluntad.

Arac.—Pues cállate y ...escucha. Si vieses un matrimonio exactamente en esas condiciones .. ¿Qué pensarías?

Rosar.—¿En qué condiciones...?

Arac.—En qué condiciones, van á ser, Rosario?

Rosar.—Ah, sí. Pues no pensaría absolutamente nada. No te comprendo bien...

Arac.—Eso es todo lo que te ocurre... ¿verdad?

Rosar.—¡Señor!... Qué harían ustedes una parejita muy igual... Con tendencias románticas, tal vez...

Arac.—No, no se trata de nosotros...

Rosar.—No...?

Arac.—De otros parecidos á nosotros...

Rosar.—Ah! bueno. Pues aplico mis palabras á esos sinónimos de ustedes...

Arac.—Y nada más dirías?

Rosar.—Psch...! También se me ocurriría decirles: «Queridos míos, hagan el favor de venir por casa, de vez en cuando, algún que otro día á comer». En fin que les ofrecería mi amistad.

Arac.—De manera que un tal matrimonio, no le encontrarías disparatado...?

Rosar.—Sin duda, ni creo que nadie en puridad pueda encontrarlo disparatado...

Arac.—Te engañas. El mismo Alejandro.

Rosar.—¿Cómo...?

Arac.—Como lo oyes. Dice que soy demasiado rica y él, demasiado pobre. Teme el «que dirán» de los desocupados.

Rosar.—¡Araceli, ese muchacho ha nacido dos siglos después que sus ideas! ¡Qué prohi-

dad más exagerada!

Arac.—Pues, hija mía, ahí tienes el obstáculo que nos separa y... de una manera inevitable....

Rosar.—Bah! Si te quiere como parece, á fuerza de amor vencerá su escrúpulo, descuida...

Arac.—No lo creo.

Rosar.—Tales ideas son hermosas, no lo niego; pero á fuerza de ser grandes acaban por ser casi mezquinas...

Arac.—Como si el dinero, las riquezas, constituyeran causas fundamentales de la dicha... ¡Maldito dinero!

Rosar.—¡Jesús y que exclamación más de dinamita! ...¡Ea! Tus palabras me han decidido; el día menos pensado... ¡Zás! cojo á Alejandro de una oreja y le pongo de rodillitas á tus pies. Yo, también me siento anarquista... y quiero destruir (*D. Tomás. Fondo izquierdo*) esta intolerable situación...

La obra fué desempeñada, como decíamos, por hermosas señoritas y distinguidos jóvenes de la localidad y de la colonia forastera, bajo el siguiente reparto:

Araceli, Srta. Anita Fernández.—*Rosario*, Srta. Consuelo Flaquer.—*Quinita*, Srta. Felicia Roca.—*Doña Mercedes*, Srta. Pilar Roca.—*Doña Magdalena*, Srta. Conchita Clapés.—*Matilde*, Srta. Lolita Buyé.

Alejandro, D. Francisco Flaquer.—*Guillermo*, D. Rafael Llorca.—*Don Tomás*, D. José A. Fernández.—*Don Casimiro*, D. Ramón Güell.—*Agustín*, D. Fernando Fernández.—*Alfredo*, D. Carlos Llorca.—*Juan*, D. José Burgoa.—*Adriano*, D. Luis Fernández.

Guillermo, un calavera, sobrino de D. Tomás se enamora en San Sebastián, de una prima suya, Araceli. Ignoran los jóvenes su parentesco, y él cuenta á la joven que un su tío, que resulta después de ambos, el propio D. Tomás, quiere hacerle casar con una sobrina. El muchacho para mejor conquistarse el amor de la niña dice pestes de la muchacha con la cual su tío intenta casarlo.

Va adonde éste reside, y con no poco sorpresa se encuentra con que la joven á quien requiriera de amores en San Sebastián es la prima suya destinada á ser su esposa.

Araceli, al ver que su enamorado de San Sebastián y el que le destina su tío para esposo son una misma persona, se siente herida en su amor propio recordando las pestes que echaba sobre ella cuando aun no la conocía.

Así lo cuenta á Rosario, su mejor amiga, y el cariño que antes empezara á sentir por Guillermo, se trueca en deseos de mortificarle.

Ha llegado allá también por aquellos días un amigo de Guillermo, Alejandro, ingeniero, á quien igualmente conociera Araceli antes en San Sebastián. Es un muchacho simpático, modesto, que se va labrando á pulso una posición, y que está enamorado de la prima de su amigo, la cual acaba por amarle.

El tío de la niña á pesar de su ilusión de casar a sus dos sobrinos, contrariado por la conducta de Guillermo y viendo que Araceli no sería feliz con este matrimonio, accede á que se case con Alejandro.

Figuran como personajes secundarios Doña Quinita, Doña Mercedes, Doña Magdalena, D. Casimiro, D. Agustín y Alfredo, parientes y amigos de la familia.

Los caracteres mejor trazados son el de Araceli, D. Tomás y Alejandro.

La obra es simpática, y con tendencias morales digna de elogio.

Hay escenas hermosas como la de Araceli y Guillermo, de Araceli y Rosario, la de Alejandro y Araceli, la de Araceli y D. Tomás, la del final del acto segundo llena de color local y las últimas de la comedia.

Transcurren sus tres actos con naturalidad. La tempestad que amenaza el alma de los protagonistas queda como oculta en el lenguaje fino y correcto de los personajes. No hay efectos; todo es plácido. La pasión no estalla con ayes desgarradores; es serena y noble como propio de personas bien educadas. El corazón no grita, gime.

AMOR Y CARIDAD, á propósito de los mismos autores.

Figura un joven matrimonio en plena luna de miel. En el arrullo de sus amores, reciben una interesante carta de Granollers. Es de una amiga querida y en la cual les pide algo para la fiesta que, á beneficio del Santo Hospital, ha de celebrarse en el Casino.

Gustosos acceden los novios á la petición, porque como dice uno de ellos, caridad se funda en el amor, en el amor origen de su dicha.

A pesar del mal tiempo, se llenó el Casino. Estaban sus salones animadísimos.

En el pasillo y en el salón de descanso no se podía dar un paso.

Recordaba la animación aquella las fiestas de tiempos, para el Casino, mejores.

Era numeroso el mujeriego, con sus guapezas de noches de gala.

Asistió igualmente una numerosa comisión de La Unión Liberal, presidida por su presidente, otra del Centro Católico, y representantes de la prensa local y de Barcelona.

Había que ver el teatro.

Los tonos claros y simpáticos de la elegante platea eran realzados por artísticos follajes que adornaban los palcos y la fachada del escenario.

Allí los encantos de las mujeres se mostraban con todos sus esplendores.

Llamaba la atención en el pasillo anunciando la función un bien compuesto cartel pintado por el joven artista D. Francisco Roca.

En el salón de descanso, una mesa petitoria recogía la limosna para el Santo Hospital. La presidía la bella y simpática esposa del señor Juez del partido y estaba acompañada de señoras y señoritas, que eran por lo hermosas como una bendición de Dios.

Empezó la orquesta *Moderna Catalana* puntualmente. Obtuvo aplausos en sus motivos sobre la ópera *Aida*.

Clot abrazado con artístico ademán á su predilecto instrumento, le arrancó notas tiernas y seguras, y cantó el violoncel-lo *Variations Syjnphoniques*, forzado por los dedos firmes y ágiles del joven músico.

La plegaria de la ópera *Tosca* fué cantada por la Srta. Pellicer. A pesar de la emoción que la dominaba salió muy airosa de su cometido.

Con el *Imprompto* N.º 11 la Srta. María. L. Puig, demostró muchos progresos en su carrera de pianista. Tiene agilidad y seguridad en las teclas, y sabe interpretar á los autores.

El Sr. Clapes, premio del Conservatorio de Bruselas, nos dió á conocer *Airs Russes*. Domina el violín con maestría, y el público subyugado por su arte, le obligó á tocar otra pieza, *Airs españoles*, que también entusiasmó.

Le acompañó al piano el reputado y encomiado profesor Sr. Glanadell.

No escasearon los aplausos para ninguno de los citados.

(Concluirá.)

Imp. Cucurella.—Granollers.

A N U N C I O S

PARA VENDER

hay una bodega con todos sus accesorios incluso el vino en existencia. Da para vivir dos personas. Pueblo vecino á ésta.

Informes en la Imprenta de este periódico.

MANUALES * SOLER

BIBLIOTECA ÚTIL Y ECONÓMICA DE
CONOCIMIENTOS ENCICLOPÉDICOS

Ciencias - Artes - Oficios y Aplicaciones prácticas

VENTAS A PLAZOS Y AL CONTADO
EN LA IMPRENTA DE ESTE PERIÓDICO

REGALO de una ÉTAGÈRE á los compradores y coleccionistas.

LA MODERNA

ZAPATERÍA
DE

JOSE GASANOVAS

PLAZA DEL GANADO, 6

•Frente al Café Nuevo

GRANOLLERS

Especialidad

EN LA

MEDIDA

J. VIDAL Y JUMBERT

Fulls del meu album

PREU 2 PESETAS

PUNTS DE VENTA: Feliu Estaper, Sumeras 2,
Imprempta d' aquest periodich

IMPRESA

DE

FRANCISCO CUCURELLA

CALLE DE CORRÓ, 9.- GRANOLLERS

Impresiones de todas clases como tarjetas, sobres, papel para cartas, prospectos, facturas, talonarios, programas, menús, participaciones de casamiento y bautizo, esquelas de defunción, revistas, periódicos, etc.

Especialidad en trabajos á varias tintas.